

TREKKING EN PALESTINA

EN TERRITORIO OCUPADO

HACER CUALQUIER COSA, CUALQUIERA, POR PEQUEÑA QUE SEA, ES MUCHO MÁS DIFÍCIL EN PALESTINA. PERO PRECISAMENTE, SI A PESAR DE TODAS LAS DIFICULTADES, TRABAS Y OBSTÁCULOS, UNA ORGANIZACIÓN COMO SIRAJ CENTER HA LOGRADO DISEÑAR MASAR IBRAHIM AL KHALIL, UN ITINERARIO SEÑALIZADO DE TREKKING DE 330 KM QUE RECORRE EL PAÍS DE NORTE A SUR, FORMAR A GUÍAS LOCALES, BUSCAR ALOJAMIENTOS ASOCIADOS, DESARROLLARLO Y PROMOVERLO, ES QUE HAY LUZ AL FINAL DEL TÚNEL.

— Texto y fotos: Fco. Javier González —

“Los palestinos nunca nos rendimos”, me dice Nabeel, el guía que nos ha acompañado esta mañana a ver amanecer sobre el mar Muerto. Una hora antes una ráfaga de viento ha tirado mi cámara sobre los acantilados que nos servían de mirador. Mientras, Isnaid, un joven beduino, se movía para encontrar la cámara por un peligroso terreno que a mí ya me había hecho desistir tras un susto que casi hace que me cagase encima.

La insigne alborada nos ha hecho olvidar las horas de sueño perdidas para acceder al mirador sobre el Valle de Jordán. Un viejo 4X4 nos ha conducido en plena noche por penosos caminos a través de un desolador terreno baldío en el que no le deseo a nadie perderse. De hecho, no nos hemos cruzado con nada ni nadie a partir de haber pasado junto a un campamento militar. Estamos en pleno West Bank, Cisjordania. Un territorio ocupado en el que hay que acostumbrarse a convivir no sólo con campamentos, también con muros, puestos de control, alambradas, torres de vigilancia, permisos, tanques y soldados. Algo que, a priori, no parecen las mejores condiciones para montar un trekking ¿verdad? La buena noticia es que durante el camino también encontraréis bonitos pueblos, numerosos restos arqueológicos, preciosos cañones, extensos olivares y magnéticos desiertos... además de mucha gente dispuesta a compartir sus experiencias vitales con vosotros. La excusa perfecta para empaparse de la realidad de Palestina a través del senderismo.

ALLENBY BRIDGE

“Hola, me llamo Javier González y quiero visitar la Tierra Santa”. Esta es la frase obligada cuando cruzas desde Jordania a Palestina a través del puesto fronterizo del Allenby Bridge, o puente del Rey Hussein, controlado por las autoridades israelíes, como todos los pasos fronterizos a territorio palestino. Además, viajar con un operador palestino requiere un extra de cuidados al cruzar la frontera. “Todos tenéis que contestar exactamente lo mismo a las mismas preguntas. De otra forma las respuestas incorrectas les pueden llevar a hacer otras preguntas... y podemos perder tiempo, mucho tiempo”. En total perdimos tres horas y media. Y eso sin ningún problema. “Para mí, como palestino, pueden llegar a ser entre ocho y diez horas”, me dice George S. Rishmawi, que será nuestro guía durante nuestro periplo en Tierra Santa, “y eso después de haber pagado 110 dólares y siempre que haya conseguido el permiso”.

OH JERUSALÉN

“Vamos a hacer un tour para orientaros por las realidades de Jerusalén”, nos dice George mientras caminamos por el lado este de Jerusalén, a apenas cincuenta metros de la zona militarizada que divide la ciudad en dos. “Como Berlín no hace tanto tiempo”, me dice George riéndose. Jerusalén es una ciudad con capas superpuestas de civilizaciones y religiones a lo largo de la historia. La famosa Puerta de Damasco nos da paso a la desmesura sensorial del barrio árabe, en el que sin embargo están incrustados signos de otras religiones como iglesias armenias u hospicios católicos. “Los palestinos somos una mezcla de razas, por eso somos tan listos, y por eso estamos tan fragmentados”, me dice nuestro guía. Gitanos, armenios, griegos... en cada barrio conviven distintas nacionalidades y credos. Sin embargo, lo que más me inquieta es la numerosa presencia de soldados armados y cámaras de vigilancia cada pocos metros. Dentro de unos días los Estados Unidos trasladarán su embajada de Tel Aviv a Jerusalén,

lo que puede ser interpretado como un reconocimiento de la ciudad como capital de Israel, un tema caliente que hace que se note cierta tensión en el ambiente. Aun así, visitamos la mezquita de Al-Aqsa, el Muro de las Lamentaciones o la Iglesia del Santo Sepulcro entre hordas de turistas que parecen ajenos a la tensión... “Esta ciudad es tan vuestra como nuestra”, remata George.

SEBASTIA

“Os están llevando a los lugares que nadie ve, porque los operadores israelíes sólo llevan a los turistas a sus lugares, y la Tierra Santa también es nuestra”, me dice Hafez Kayed, dueño del restaurante Holy Land en el pueblo de Sebastia. Enclavado en medio de las montañas de Samaria, Sebastia es famoso por las numerosas ruinas romanas y la iglesia dedicada a San Juan Bautista. “A pesar de eso el 99% de los programas no pasan por aquí. Dicen que no es seguro, y lo cierto es que esto es más seguro que Tel Aviv”, nos dice Hafez. Cenamos un exquisito plato de maqluba: arroz con coliflor, cebolla y pollo especiado con cacahuetes tostados y acompañado con pan de pita. Durante el postre, un grupo de danza local nos deleita con sus animados pasos de baile, que a pesar de ser tradicionales no desentonarían en cualquier discoteca occidental. “Palestina es nuestro paraíso, nuestra tierra es nuestro paraíso” dice la letra de la canción que bailan. Amanecemos en el Hostal “Al Kayed Palace” en el centro de la localidad. Desayuno un delicioso plato de shakshuka, plato de la comida de Oriente Medio preparado con tomates guisados, especias y huevos, rodeado de carteles explicativos de las Naciones Unidas en los que pormenorizan las restricciones de movilidad en Cisjordania: muros, barreras, vallas, puestos de control, torres de observación, túneles, trincheras. Justo al lado cuelga un retrato de Yasser Arafat. Ya en la calle paseo entre algunos murales en las paredes con rostros pintados

con iconografía bélica. “Fueron luchadores por la democracia en Palestina”, me dice mi improvisado guía Abed cuando le pregunto. El mural tiene las siglas del Frente Popular para la Liberación de Palestina, la segunda organización más grande de la OLP y considerada como un grupo terrorista por Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea.

Sebastia, a la que se accede por una carretera escoltada de imponentes columnas romanas, es sobre todo conocida por San Juan Bautista, un personaje sagrado tanto para cristianos como musulmanes, y cuya tumba reposa en el pueblo en una bonita iglesia de piedra construida por los cruzados. De su época romana todavía conserva vestigios y ruinas de un teatro, las escalas del templo a Augusto, muros y parte de algunas torres. En plena visita, me sorprende lo sucias y descuidadas que están todas las zonas con restos arqueológicos.

CUESTIÓN DE ZONAS

Según los Acuerdos de Oslo firmados en 1994, el territorio de Cisjordania se divide en tres zonas: A, B y C. En las zonas A el control civil y militar es de la autoridad palestina. En zonas B el control civil es de la autoridad palestina pero el militar es israelí. En zonas C el control militar y civil es israelí. “En las zonas de control israelí no nos permiten adentrar nada para el turismo, ¡nada!” me dice Zaid Azhari, que con 25 años es manager de la agencia, después de haber sido antes primero voluntario y después guía. Pero ¿no está Sebastia en zona A?, le pregunto intrigado. “Sí, pero los monumentos arqueológicos de Cisjordania están bajo control israelí, en zonas C. Controlan las ruinas, pero no las protegen, por eso están tan descuidadas.”, me dice Zaid, visiblemente enfadado. “A veces incluso trasladan ruinas de un lugar a otro para que estén en zonas bajo su control”. Vale. En una ocupación siempre hay un conflicto por el control del territorio y sus recursos: el



“OS ESTÁN LLEVANDO
A LOS LUGARES
QUE NADIE VE”



agua, las comunicaciones, la información... pero: ¿son los enclaves turísticos unos de esos recursos? ¿Se utiliza el turismo como herramienta de ocupación? ¿Es el turismo un arma de información y guerra? Entorpecer y bloquear el turismo no sería sólo un impedimento al desarrollo económico de Palestina, también una forma de contrariar la imagen del país y sus habitantes. “Vemos el turismo no sólo como motor económico, sino como una ventana para que los palestinos puedan mostrar su identidad y su cultura”, dice Zaid. “Es simple”, me dice George. “Por ejemplo en las noticias de vuestro país seguro que se traslada la imagen de que Cisjordania es un lugar peligroso, pero gracias a este viaje estáis viendo que no lo es”.

Unas cigüeñas nos sobrevuelan y resuena música árabe en el valle mientras paseamos entre cardos de camino a las ruinas de una pequeña iglesia bizantina en las afueras de Sebastia. Salvo por los minaretes y los campos trigales, el paisaje de olivares y colinas me recuerda a Jaén. En una cima distingo un poblado de chalets adosados amurallado en el que destacan varias torres que parecen ser de vigilancia. ¿Una cárcel? “Es un asentamiento de colonos”, me dice George. “Son como cárceles, pero los prisioneros estamos fuera de ellas”.

TURISMO COMUNITARIO

Soldados armados, vallas y torres de vigilancia. Un puesto de control marca perfectamente el cambio de zona a la salida de la ciudad de Nablus en nuestro camino al recorrido de la jornada. Conducimos a través del típico paisaje mediterráneo que predomina en el norte de Cisjordania. Saboreo un pedazo de knafi, un postre de queso dulce

que todavía remueve mis sinapsis sólo de pensar en él. El camino de entrada al pueblo donde comenzaremos a andar ha sido bloqueado con movimientos de tierra y enormes piedras por el ejército. La comunidad local lo ha limpiado. Veo coches desguazados y agricultores trabajando en los sembrados de trigo mecidos por el viento y sobrevolados por bandadas de pájaros. Una cabra en descomposición nos da la bienvenida en los primeros pasos del camino marcado con trazas rojas y blancas. El desagradable olor de un vertedero cercano que impregna el ambiente me desconcierta. Las basuras, el olor y el calor no son prometedores. Aunque una ligera brisa nos ayuda con los rigores del calor a las 15:30 horas. Unos metros más abajo encontramos bloques de cemento, amasijos de hierros, casetas abandonadas, escombros... son los restos de una cantera abandonada después de que el gobierno israelí saboteara su actividad cortando el suministro eléctrico. Tras un leve descenso pasamos junto un campamento beduino. “No les hagáis fotos, a algunos no les importa, pero otros pueden enfadarse mucho”, nos advierte nuestro guía Narwan. Llegamos a un escenario de escarpadas paredes de formas caprichosas que nos hace olvidar los decepcionantes primeros pasos de la etapa. Estamos a los pies del cañón Wadi Sami, en el que el sendero progresa por un espacio natural más abrupto, salvaje y agradable para los sentidos. En una de las numerosas cuevas que jalonan las paredes que nos rodean Narwan aprovecha para hacer un té palestino en una pequeña fogata improvisada. La luz de la tarde suaviza la dureza del paisaje, pero la maquinaria pesada y las canteras estropean secciones del camino. “No es un proyecto turístico, es más bien un proyecto

¿ES EL TURISMO UN
ARMA DE INFORMACIÓN Y
GUERRA? ¿SE UTILIZA EL TURISMO
COMO HERRAMIENTA DE
OCUPACIÓN?



de desarrollo”, me dice George mientras saboreamos el delicioso té. “El Camino de Santiago es nuestra referencia, queremos que sea un proyecto comunitario y crear el mayor número de trabajos posibles”. Esa misma noche, una familia del pueblo de Kufr Malek compartirá con nosotros un delicioso plato típico de oozie: arroz con verduras picadas y carne asada, aliñado con perejil y piñones picados. La cena es además una oportunidad de compartir charla con la comunidad local. Aprovecho para sentarme con Michel Awad, uno de los grandes impulsores de la ruta y socio de Siraj: “Cuando empezamos hace catorce años nos decían: ¡estáis locos, ¿quién va a querer venir a Palestina a hacer trekking o montar en bici? Todo el turismo era bíblico, y no se intuía ninguna otra posibilidad... Ahora ya no nos ven como locos: hace diez años manejábamos cien clientes al año, y ahora ya son más de mil”.

WADI OJA

Pernoctamos en Taybeh, considerada la última población completamente cristiana de Cisjordania, y famosa por dar nombre a la que está considerada la mejor cerveza de Oriente Medio. Antes de partir visitamos la Iglesia de San Jorge, en la que entre paredes derruidas, restos de fogatas y altares descubiertos nos sorprenden las huellas recientes de palmas de manos ensangrentadas en las paredes, y los restos sanguinolentos de sacrificios de animales. Progresamos por un paisaje de ondulantes colinas, asentamientos colonos y campamentos beduinos. Un ciervo cruza el bíblico paisaje bajo un cielo de nubes que se mueven al son de una brisa fresca. Perfectas trazas diagonales de rocas y arbustos marcan los alrededores de un sendero más apacible -y apetecible- que el de la jornada anterior. La sombra de tres jinjoleros, los árboles de cuya madera los judíos hicieron la corona de espinas a Jesús el día de su crucifixión, nos sirven para descansar tras unos kilómetros. Sus frutos, aunque comestibles, no convencen a mi paladar.

La caminata es preciosa. Progresivamente nos encañonamos en el Wadi Oja, caminando entre arbustos de lavanda y dejando nuestras huellas en el espeso barro del camino. “Por aquí sólo corre el agua cuatro o cinco veces al año”, me dice Nasser, nuestro guía local del día. Unas señales en las rocas indican cada cierto tiempo las vías de escape en caso de crecida, mientras a nuestros costados las paredes se alzan cada vez más altivas y amenazantes. “En invierno algunas familias de beduinos viven en las cuevas grandes, mientras que en las pequeñas

se resguardan las hienas, zorros y los lobos”, me dice Nasser, que también nos cuenta que en las escarpadas paredes es posible encontrar “miel salvaje, que ¡puede costar hasta 150\$ el kilo!”.

Tras cinco intensas horas de caminata llegamos al campamento beduino de Auja, a los pies de un manantial de agua. Sin embargo, los beduinos no tienen acceso a agua corriente. El manantial está en zona C.

LOS MORADORES DEL DESIERTO

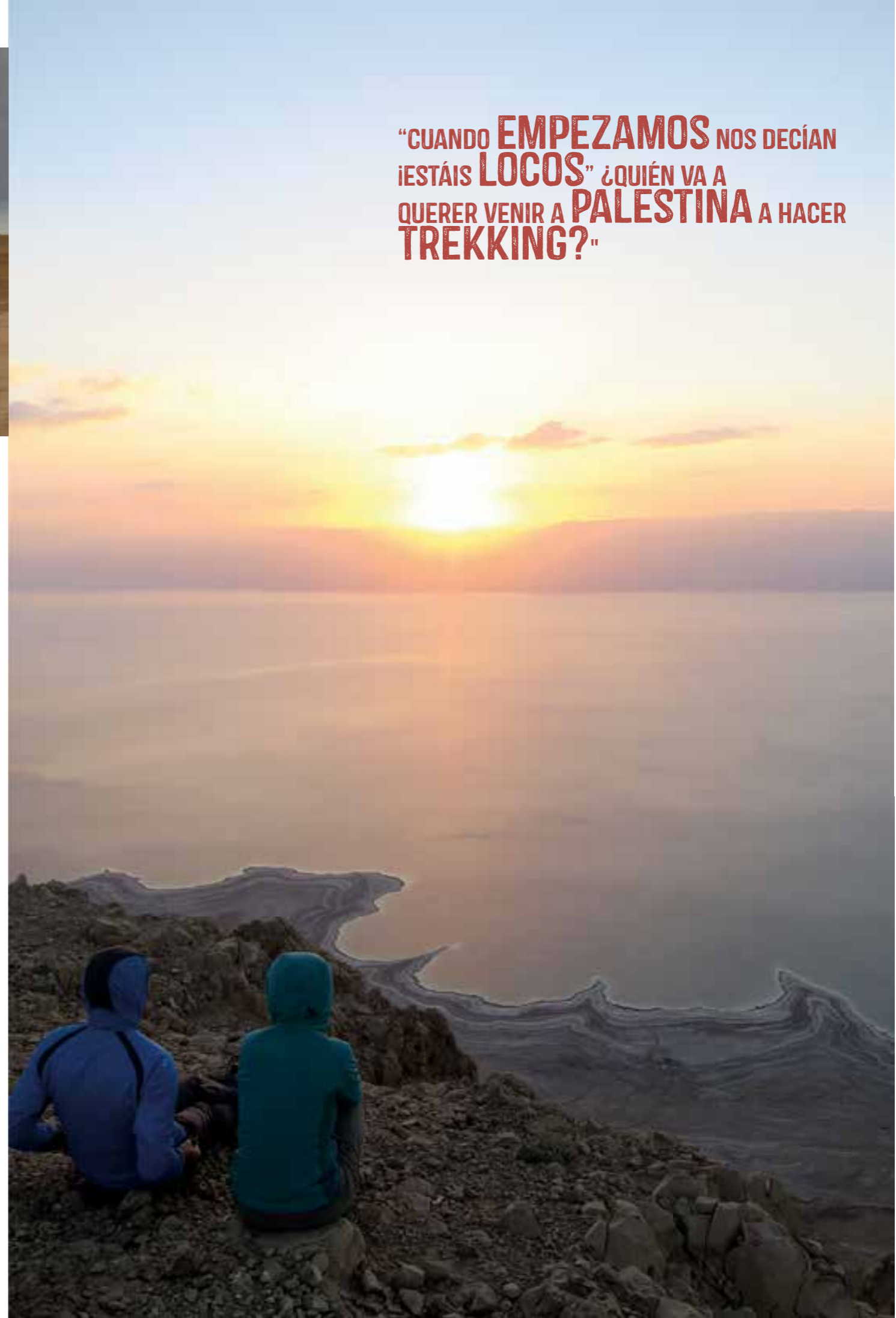
“Nuestra tierra madre es el desierto, es nuestra patria”, me dice Jameel Hamadine, nuestro guía beduino con el que conviviremos en su campamento cerca de la carretera de Jerusalén al mar Muerto. El campamento, formado por humildes construcciones similares a chabolas y las típicas jaimas, está montado en un erial de piedras y arena. De naturaleza nómada y dedicados desde tiempos inmemoriales al pastoreo, la comunidad beduina de Palestina vive de forma autosuficiente confinada en 46 poblados. La mayoría carece de servicios públicos como luz, agua o saneamiento, y los altos índices de desempleo y de pobreza lo convierten en el sector más marginado de la sociedad israelí. “Nuestra vida era maravillosa, trasladábamos nuestros campamentos cada primavera y cada otoño. Pero todo eso cambió en el 48 y en el 67...”, me dice Jameel con una mirada que mezcla melancolía y rabia. Desde finales del siglo XIX los beduinos palestinos experimentan un continuo y forzado proceso de sedentarización. Todas las comunidades están en zonas C, y frecuentemente son forzados a trasladarse de ubicación. Son refugiados en su propia tierra.

Los niños del campamento nos miran con curiosidad. Veo pósters de contenido político junto a juguetes viejos en un barracón que sirve de dormitorio y de escuela. En lo alto resplandecen las luces de un asentamiento colono. Luna llena. Jaurías ladrando. Dudas. ¿Por qué vivir aquí?, le pregunto a Jameel. “Soy feliz en el desierto, no podríamos vivir en una casa”.

TANQUES Y CAMELLOS

Un 4X4 nos lleva a través del desgarrador paisaje de rocas y arena del desierto bajo grupos de nubes que forman islas de luz en las fluctuantes lomas de una aridez extrema. Un grupo de camellos en libertad tiene nuestra caravana mientras un pastor de cabras observa la escena desde la lejanía. “Los camellos son los animales de la nación beduina”, me dice Jameel, “si vemos uno en la tele ¡saltamos de alegría!”, nos dice Jameel. Grandes gotas de lluvia aportan cierto surrealismo al es-

“CUANDO **EMPEZAMOS** NOS DECÍAN
¡ESTÁIS **LOCOS**” ¿QUIÉN VA A
QUERER VENIR A **PALESTINA** A HACER
TREKKING?”



EN EL CAMINO

NASSER KAABNEH

“Me encanta este trabajo, me permite estar en contacto con la naturaleza”. Nasser es un beduino que trabaja como profesor de inglés en una escuela, pero además es guía de trekking certificado con cuatro años de experiencia.



GEORGE S. RISHMAWI

“He nacido bajo la ocupación, he crecido bajo la ocupación, mis hijos han nacido y están creciendo bajo la ocupación; así que empiezo a pensar que no viviré ni un día libre de mi vida”.

ANWAR DAWABSHE

“He hecho este camino cientos de veces. También he hecho trekking en Inglaterra y Jordania, e incluso me invitaron a California, pero no pude ir: necesitaba un visado, y como palestino sólo puedo entrar en Jerusalén en Ramadán, y no pude sacármelo”.



SEBASTIA ROMAINS GROUP

“Para nosotros es muy importante y bonito mostrarles nuestros bailes a la gente que nos visita. Y además el turismo nos ayuda a practicar nuestro inglés al relacionarnos con gente de todo el mundo” De izq a dcha.: Sharaf, Ghayth, Khalid Hamad y Mohammad.



JAMEEL HAMADINE

“Nadie conoce nuestra cultura ni nuestra forma de vida. Pero ahora, gracias a Masar Ibrahim muchos hemos aprendido inglés y a ser guías... Somos muy felices de acoger a gente de otros países y hacerlos felices. Y además, está ayudando mucho a la forma cómo la comunidad ve a los extranjeros. Nos dais fuerza para resistir, para que algún día podamos seguir viviendo en nuestra tierra, continuar nuestra forma de vida y que no nos trasladen. Es importante que la gente vea con sus propios ojos, y quizás si nosotros resistimos el mundo nos pueda ayudar”.

MADEES N. KHOURY

¿Os imaginabais que en Palestina habría una marca de cerveza? ¿Y que la dirigiese una mujer? ¿Y que hagamos nuestro propio Oktober Fest todos los años? ¿Verdad que no? Porque, ¿qué imagen de Palestina da al mundo una marca de cerveza dirigida por una mujer y que se exporta a una decena de países del mundo? Una imagen que no interesa, y por eso nos cuesta tres veces más tiempo y tres veces más dinero mover nuestro producto de la fábrica al puerto, que del puerto a Europa”.



cenario, un reino de soledad y silencio por el que Ezequiel y Abraham realizaron la mítica “travesía del desierto” en búsqueda del Monte de Sion. “Nos encantaría montar un Bedouine Trail, pero claro, para eso antes tendríamos que conseguir libertad de movimientos”. Cercados por muros, alambradas, campos de minas y fronteras, los beduinos han perdido por completo su hábitat natural: las zonas tradicionales de pastoreo o trashumancia que ahora ocupan complejos turísticos, zonas industriales, Parques Naturales, asentamientos colonos, campos de tiro o cuarteles militares.

La caminata nos conduce a los pies de un desfiladero en cuya pared parece esculpido un imponente monasterio en el que ondea la bandera griega. Cruzamos un riachuelo de aguas fecales provenientes de Jerusalén, mientras resuenan las campanas de San Sabas, el monasterio ortodoxo que nos disponemos a visitar. Un numeroso grupo de mujeres griegas se agolpan a la entrada. Tienen prohibido el acceso. “Hacen buen vino, pero sólo para ellos”, me dice nuestro guía Nadeel.

EL MAR MUERTO

¿Merecerá la pena? Son las 3:30 de la mañana y adormilados llegamos al campamento beduino de Arab ar Rashayda en plena oscuridad. Nuestro guía Isnaid vive en una barraca con su mujer, madre, hermana y tres niños pequeños. Tiene un camello, un perro y varias cabras. Un Corán en la estantería junto a un bote de lejía y una muñeca. Paredes de piedra y techo de contrachapado. Tomamos té bajo un impresionante firmamento de estrellas. La oscuridad del desierto nos permite distinguir cada pequeña mota de la vía láctea que recorre el cielo. Sólo las luces de las ciudades dormidas de Hebrón y Jerusalén, y de Jordania al fondo. Más cerca reverberan las farolas de varios poblados de colonos. Al alba, tras un tortuoso trayecto por un rocoso camino en el que avistamos un campo de entrenamiento militar israelí, llegamos al borde de un acantilado desde el que se ve la costa del mar Muerto, definida por la erosión de la sal y surcada por una carretera que serpentea por su contorno. “Se puede hacer andando en dos horas y media, pero de noche hace frío y muchos clientes se rinden antes de llegar”. Los colores rosas, púrpuras y anaranjados del cielo hacen que me responda a mi pregunta: sí, ha merecido la pena. Una ráfaga de viento tira mi cámara acantilado abajo...

El autobús de vuelta atraviesa un páramo de tierra aplastado por la fuerza del sol y el calor cuando detrás del pliegue de una colina aparece un pastor de no más de seis años conduciendo a un grupo de cabras. Nuestras miradas se cruzan y me saluda energicamente con una enorme sonrisa en su cara. Le devuelvo el saludo mientras las lágrimas recorren mi rostro. Pero ahora sé que la esperanza no se pierde. Como no la perdió Isnaid después de más de media hora moviéndose al filo de los abismos del mar Muerto para encontrar mi cámara, que finalmente encontré.

Ahora sé que los palestinos nunca se rinden. **Ox**



CUADRO PRÁCTICO

Masar Ibrahim Al-Khalil es un itinerario de senderismo cultural de larga distancia en Palestina. Con 330 km de largo, la ruta se extiende desde la localidad de Rummana, al noroeste de Yenin, hasta Beit Mirsim, al suroeste de Hebrón, pasando por más de cincuenta pueblos y ciudades en los que experimentar la legendaria hospitalidad del pueblo palestino. El itinerario está

dividido en cinco regiones: Yenin, Nablus, Jericó, Belén y Hebrón, y se completa tras un total de 22 etapas, que pueden recorrerse independientemente.

CUÁNDO

Aunque el camino puede ser recorrido durante todo el año, los meses más coloridos y en los que los paisajes lucen más bonitos son los de primavera, especialmente abril y mayo.

ALOJAMIENTOS

Los alojamientos durante el itinerario pueden variar desde lujosos hoteles a hostales, casas de huéspedes o campamentos de jaimas.

PASAPORTE

Con el Camino de Santiago como referencia, el camino Masar Ibrahim Al-Khalil ha adaptado el mismo sistema de señalización usado en España, en este caso con

dos franjas rojas y blancas; así como un pasaporte del senderista en el que sellar en distintos alojamientos y establecimientos del camino. En su web hay disponibles mapas, descripciones de etapas y datos para el GPS.

CON QUIÉN

La organización Masar Ibrahim se ocupa de todas las gestiones y reservas del itinerario, e invita

todos los años a recorrer en grupo distintas secciones del camino (o hacerlo incluso completamente) en distintas fechas. Próximamente del 2 al 25 de noviembre de 2018, así como del 2 al 25 de marzo y del 3 al 24 de noviembre del 2019.

MASARIBRAHIM.PS